

mente dos versos pronunciados con más brío:

..... tienen las patas muy largas
y también son cabezones.....

Y, después de un breve intervalo, la voz,
ahora más lánguida y cadenciosa, lenta como
si fuera muriéndose poco á poco, repitió:

Tienen las patas muy largaaas
y también son cabezoneees.....



TRABAJO SEXTO

Pío Cid asiste á una enferma de frivolidad.

—¿Conque usted es amigo tan antiguo de Miralles?—preguntó distraídamente la Duquesa después que hubo leído la carta del Gobernador.

—Sí, señora—contestó Pío Cid,—le conocí hace ya muchos años en Inglaterra.

—¿Ha vivido usted en Inglaterra?

—Bastante tiempo.

—¿Qué puntos son los que conoce usted?

—Casi todas las ciudades importantes; pero de asiento he estado sólo en Liverpool y en Londres.

—Hermoso país aquél, ¿no es cierto?

—Los niños ingleses son bonitos; pero cuando crecen y se hacen hombres ó mujeres.....

—No me refería á eso. Hablaba del país en general.

—El país es triste y demasiado prosaico. Es más agradable vivir bajo este cielo de España.....

—Eso es verdad; pero el cielo es cosa de Dios y no de los hombres. A lo que yo me re-

fería—insistió la Duquesa, que deseaba hacer confesar á Pío Cid que Inglaterra era mejor que España—era á la vida inglesa, á la prosperidad, á los adelantos, á las comodidades de aquella vida.....

—Hay de todo, como en todas partes—contestó Pío Cid, sin ceder al deseo de la Duquesa;—y casi estoy por decir que, por lo mismo que hay mayores bienes, hay también mayores males. Yo, puesto á elegir, elegiría España, sin que por esto piense que aquí estamos bien.

—Es usted muy patriota. Yo vivo la mayor parte del año en el Extranjero, y los meses que paso aquí me parecen tan largos.....

—Habrà perdido usted el gusto por las cosas de España. Yo no encuentro esto tan despreciable.

—Vamos, no diga usted..... Pues si hay para no acabar. Desde que llega usted nota ya el cambio en los trenes. Aunque viniera usted en el mejor tren de Europa, no sé lo que pasa que, al cruzar el Pirineo, cambia la decoración. Parece que entra usted en un mundo diferente..... y luego este estado de abandono de las ciudades..... En fin..... creo que dijo muy bien quien dijo que la mayor prueba de amor que se puede dar á España es vivir en ella cuando se tiene para vivir en otra nación.

—Pues yo, para irme á otra parte, me iría á África.....

—Mira, Jaime—interrumpió la Duquesa, di-

rigiéndose á un niño como de ocho años que entró corriendo en el despacho donde Pío Cid había sido recibido,—aquí no haces ninguna falta. Vete á jugar al jardín.

—Déjele usted que se acerque—dijo Pío Cid.—Tiene usted ya un hijo tan espigado.....

—Es el primero y el único, contestó la Duquesa;—y crea usted que se basta y se sobra para no dejarme en paz. Es muy travieso y desaplicadillo.

—¿Qué estudia este mozo?—preguntó Pío Cid mirando á Jaime, que se había acercado á pesar de la orden de su mamá.

—Todavía no ha empezado á estudiar—contestó la Duquesa.—Hasta ahora ha estado entretenido con los idiomas.

—Es algo endeblito y no conviene apresurarlo. Tiene un gran parecido con su padre.....—añadió Pío Cid, mirando un retrato que estaba en el testero principal de la habitación.

—Muchísimo—asintió la Duquesa, diciendo en voz más baja á su hijo que se retirara.—Pues sí, señor—prosiguió, sin acertar á recoger el hilo del diálogo interrumpido por la llegada de Jaime,—es necesario tener mucho patriotismo....., porque..... Vea usted si no este ejemplo..... Ahora estoy preocupada con los estudios de mi hijo..... Me confesará usted que en España no hay medios de educar bien á un joven. En este punto, nuestro atraso es vergonzoso.....

—Según los estudios que ustedes piensen darle.

—Cualesquiera que sean—replicó la Duquesa.—Por mi gusto sería ingeniero. Yo estoy con el espíritu de la época. El Duque desearía prepararle para la diplomacia.....

—¿Y cree usted que de España no pueden salir grandes ingenieros?

—No sé qué le diga; pero no es sólo el estudio de las Academias. Se requieren otros estudios anteriores, dirigidos por un preceptor inteligente. Hasta ahora Jaime ha estado á cargo de una institutriz inglesa. Habría que traer un profesor extranjero también....

—Es cierto que en España es difícil hallar buenos preceptores—interrumpió Pío Cid;—esto ocurre porque los que hubiera no tendrían empleo, ni quizás serían tan bien considerados como los de otros países; pero precisamente está usted hablando con un preceptor, y, aunque peque de inmodesto, le aseguro que soy capaz de dirigir á un discípulo como el maestro más entendido.

—¿Es usted preceptor?

—No lo soy de oficio, pues nunca he tenido necesidad de enseñar; pero ahora las circunstancias me obligan á ello y no tendría inconveniente en dar lecciones.

—¿Á qué enseñanza se dedica usted?

—Á todas las que usted quiera. Aunque en el caso de su hijo, antes de enseñarle hay que descubrirle las aptitudes para no perder el

tiempo en balde. ¿Á qué es á lo que muestra mayor afición?

—Hasta ahora á nada, porque es muy desaplicado.

—No crea usted, señora, que haya nadie desaplicado en el mundo. Cuando un maestro dice que un discípulo es desaplicado, debe de entenderse que el maestro es tonto y no sabe hablar al discípulo de cosas que le interesen. Fuera de los casos contados de idiotismo congénito, no hay niño que no muestre interés por algo, y en cuanto hay interés hay aplicación.

—Pero á veces no se logra descubrir la aptitud.

—No se logra porque el maestro sabe poco ó de pocas materias, y cuando ha agotado su pobre repertorio, declara que el alumno carece de aptitudes definidas; si supiera hablar de todo, desde los trabajos manuales hasta la alta filosofía, iría cambiando de asuntos hasta que el discípulo se descubriera. Sin embargo, lo corriente es que no sean necesarias tan largas pruebas, y que pocas palabras bastan para conocer el espíritu de un niño. Yo me comprometería á darle á su hijo dos ó tres lecciones, y á decirle á usted á qué estudios deberían dedicarlo para que llegara á ser un hombre de mérito.

—Yo aceptaría con mucho gusto y agradeciéndole el interés que demuestra por mí Jaime; pero tampoco querría que usted se moles-

tara..... Como profesor podría usted darle algunas lecciones, eso sí. Usted conocerá idiomas; le hablará en francés y en inglés, para que no los olvide ahora que se queda sin institutriz, y luego, más adelante, veríamos. El Duque tiene cierto empeño en llevarle á Francia á un colegio de jesuítas, donde él se educó también.

—Yo me pongo á las órdenes de usted, y usted dispondrá de mí en la forma que más le plazca.

—Yo sólo deseo que usted no se incomode inútilmente. Puesto que usted, según dice, se dedica á la enseñanza, creo que nada se pierde por hacer un ligero ensayo..... Siempre es útil conocer las aptitudes de los niños; á ver si usted descubre las de Jaime.

—Eso puede usted darlo por hecho á las primeras lecciones.

—Pues, cuando á usted le sea posible, venga por aquí; yo le encargaré á mi secretario que se ponga de acuerdo con usted para lo relativo á honorarios..... Y cuando le escriba usted á Miralles, dígame que estimo mucho su presente—dijo, para terminar, la Duquesa, haciendo un movimiento para levantarse.

—No lo olvidaré—asintió Pío Cid, levantándose y despidiéndose con un movimiento de cabeza ligeramente ceremonioso.

Así comenzaron las relaciones de Pío Cid con la Duquesa Soledad de Almadura, las cuales no pasaron, por lo pronto, de este primer

cambio de palabras superficiales. Pío Cid volvió á los pocos días y se encargó de dirigir los estudios de Jaime; pero la Duquesa, aunque tanto interés había mostrado por la educación de su hijo, no volvió á acordarse de este grave asunto. No le pareció mal que el niño tuviera un preceptor interino, hasta que se decidiera más adelante los estudios que había de seguir; pero seguramente estos estudios los seguiría en el extranjero, porque era cuestión resuelta ya que en España no era posible que un joven ilustre recibiera una educación apropiada; y ni Pío Cid, ni un preceptor bajado del cielo, serían capaces de destruir la mala opinión que los Duques tenían de su país. Era éste, quizás, el único punto en que los Duques coincidían; en lo demás siempre estaban en desacuerdo ó lo habían estado, puesto que á la sazón rara vez se veían juntos, y más rara vez aún se dirigían la palabra. Sin embargo, no tardó la Duquesa en desear ver de nuevo á Pío Cid, porque recibió una carta de D. Estanislao Miralles en la que hablaba de él con extraordinario encomio, sin olvidar lo relativo á la elección, y asegurando que era para Jaime una fortuna haber caído en manos de tan buen maestro. La Duquesa tenía una fuerte dosis de vanidad, y su vanidad más saliente era la pretensión de conocer á las personas con sólo echarles la vista encima. Aunque no parezca bien aplicar á una tan bella señora una tan fea palabra, hay que decir que

la Duquesa se creía á sí misma «psicóloga», y que su idea de la vida se reducía á la perspicacia psicológica y al arte de hablar espiritualmente y al desarrollo del sistema museular por medio de los ejercicios elegantes. Así, pues, no pudo tolerar que Pío Cid se hubiese escapado á su observación; ella le tomó por un preceptor (y para la Duquesa un preceptor estaba á poca más altura que un ayuda de cámara), por un hombre vulgar y medianamente educado, y de los informes de Miralles se desprendía, al contrario, que era un ave rara en España. Quizás, dadas las ideas de Pío Cid, lo más pequeño que hizo en su vida fué renunciar el acta de diputado; y en cambio á la Duquesa le parecía incomprensible que quien podía ser padre de la patria se aviniera al obscuro oficio de preceptor; y de todos los elogios que escribía D. Estanislao para recomendar á su amigo, el único que produjo efecto fué éste, que demostraba que Pío Cid era persona de categoría y á la vez hombre desinteresado.

Un día, al terminar la lección, cuando Jaime, y Pío Cid tras él, salían del gabinete donde tenían sus coloquios, se asomó la Duquesa á la puerta del despacho, que estaba contiguo, y, como quien hace una pregunta sin importancia, dijo, tomando la cara á Jaime:

—¿Qué tal el discípulo? ¿Le da á usted mucho que hacer? ¿Es muy desaplicado?

—Es la aplicación misma—contestó Pío Cid

deteniéndose.—Aprende la mitad ó más de lo que le enseño, que es cuánto se puede apetecer.

—¿Qué le enseña usted ahora?—volvió á preguntar la Duquesa.—Pero pase usted..... Y tú, Jaime, vete á comer, que ya será hora. ¿Conque es tan aplicado? Así me gusta.

—Sí, señora—dijo Pío Cid, entrando en el despacho y sentándose en una silla que le señalaba la Duquesa,—adelanta mucho, y vamos á sacar de él una notabilidad.

—¡Una notabilidad!—exclamó la Duquesa con admiración un poco forzada.—¿Pero notabilidad en qué? ¿Qué le enseña usted ya?

—Le estoy enseñando en primer término á hablar—aseguró Pío Cid gravemente.—Jaime ha empezado muy pronto á estudiar idiomas, y el que menos conoce es el suyo propio; lo habla como un extranjero.

—Dicen que esta es la mejor edad para estudiarlos.....

—Sí es la mejor, á condición de que al estudiar los idiomas extranjeros no se olvide el propio, y de que con las palabras extranjeras no entre también el espíritu extranjero.

—Usted es españolista rígido por lo que se ve.

—Soy español nada más, y no me asusto de que abramos las puertas de par en par á todas las ideas, vengan de donde vinieren. Lo que no me parece bien es que perdamos nues-

tra personalidad y seamos imitadores serviles. Jaime ha tenido una institutriz inglesa, y es casi por completo un inglesito, y yo no veo la razón de que esto sea así. Cada cual debe de ser por fuera lo que es por dentro; el que se retoca para no parecer lo que es, da mala idea de sí mismo, puesto que él mismo empieza por despreciarse.

—Eso está muy bien; sin embargo, no crea usted que hoy por hoy sea ninguna gloria nacer en este rincón de España. En otros tiempos fuimos algo, pero ahora ya ve usted adónde hemos venido á parar.

—Usted, señora, cree sin duda mucho de lo que por ahí se dice en contra nuestra, y la mayor parte de lo que se dice, somos nosotros los que lo decimos. Para mí la primera nación es España.....

—¿Primera en qué?—interrumpió vivamente la Duquesa.

—No es necesario ser primero en nada para serlo en todo. Hay naciones que tienen muchos barcos, un ejército poderoso ó grandes riquezas, y en esto son superiores á nosotros; pero tontos seríamos si aceptáramos como puntos de comparación esas exterioridades. Hay una *Guía de España*, donde están los nombres de nuestras personalidades más distinguidas, con sus títulos, cargos y honores. Si busca usted allí mi nombre, no lo encontrará; y ¿cree usted que valgo yo menos que todas esas personalidades? Si se quiere hacer

la prueba, que se nos ponga en un sitio donde haya que desarrollar plenamente nuestras facultades; en un lugar apartado de la influencia de nuestra civilización; en el centro de Asia ó de África, donde no tuvieran valor ciertos prestigios convencionales que entre nosotros lo tienen. Casi estoy por decirle á usted que en nuestro tiempo los títulos y honores, conseguidos de ordinario por el camino de la adulación y de la bajeza, son indicio de pequeñez espiritual; de igual suerte que la supremacía de las naciones, fundada en el abuso de la fuerza material, revela una inferioridad palmaria. ¿Conoce usted el dicho popular de que «la gracia del barbero es sacar patilla donde no hay pelo»? Pues esta gracia es la gracia de España. Nosotros somos capaces de hacer más que nadie, con menos medios que nadie, sin duda porque la falta la suplimos con algo nuestro propio, con algo que está en nuestra sangre y que constituye nuestra fuerza y nuestra superioridad.

—Es usted un hábil polemista, amigo mío; pero si en otros tiempos hicimos algo grande porque teníamos fe, y ya se dice que la fe hace milagros, ahora no hacemos más que copiar, y copiar mal lo que otros inventan. Han cambiado los tiempos.....

—¿Piensa usted, pues, que nosotros, que hemos sido capaces de crear cosas muy altas, no serviríamos para componer ciertos artefactos modernos? Todo sería que nos lo propu-

siéramos. Si usted quiere puede tener en casa un inventor; precisamente Jaime tiene aptitudes naturales para la Mecánica.

—¿De veras?

—Y tanto. La primera afición que ha descubierto es á la Agricultura. Esto debe de ser en parte por instinto, porque su constitución es bastante delicada y exige una vida enteramente rústica por lo menos hasta los veinticinco ó treinta años; más que seguir carrera, lo que al niño le convendría, como á la mayoría de los hijos de los aristócratas, sería vivir y estudiar en el campo é interesarse por los progresos de la Agricultura en general y por los de sus haciendas en particular. Usted me dijo que por su gusto el niño sería ingeniero; podía ser ingeniero agrónomo y tener su correspondiente título; aunque con el de Duque que heredará le sobra, y lo que más falta le hace es saber. Saber cosas bellas y útiles, y luego iniciarle en el secreto de las invenciones, para que illustre su apellido con alguna hazaña moderna de esas que á usted tanto le seducen.

—Ahora que me habla usted, recuerdo que Jaime, cuando estuvo la última vez en el campo, construyó un molino (cosas de muchachos), y todos los que lo vieron decían que estaba muy bien y que revelaba mucho ingenio. Pero ¿cómo es posible aprender á ser inventor? Yo creía que los inventos eran obra del azar; es decir, hay también que estudiar,

pero entre tantos como estudian, uno por casualidad tropieza con algo nuevo.

—El inventar—aseguró Pío Cid con aplomo—es cuestión de independencia y de audacia. Usted habrá notado que yo en materia de educación dejo mucho que desear. Soy mal educado, lo reconozco; y si usted me lo dice no me ofendo, porque, á mi juicio, la educación es una de tantas rutinas. Pues bien; en la ciencia hay sabios mal educados, y estos son los inventores; no siguen las reglas usuales, sino que piensan ó manipulan á su antojo, y así revelan su originalidad, sacan á la luz hechos ocultos, inventan. ¿No se le ha ocurrido á usted pensar que yo sea un inventor desconocido?

—Me ha parecido usted un tipo extravagante—contestó la Duquesa con sonrisa amistosa.

—¿Cuál es el invento de usted, vamos á ver?

—Quizás se imagina usted que mi invento es como el de una señora que yo conocí, la cual andaba revolviendo oficinas para obtener patente de invención en todas las naciones, y luego supe con sorpresa que el invento consistía en una red emplomada para embalar y resguardar las seras de carbón ó los canastos de fruta..... No es mi invento de esta clase, ni es un invento sólo, sino que son más de veinte, y con cualquiera de ellos, si yo quisiera darlo á conocer, podría hacerme millonario.

—Pues si no los ha sacado usted á la luz por

falta de medios—dijo la Duquesa en un tono entre burlón y benévolo,—yo le ofrezco mi protección. He aquí algo original que no me disgusta del todo. En vez de proteger artistas, ¡cuánto más me satisfaría que por mi mediación tuviera España la honra de contar entre sus hijos algún inventor famoso!

—No es protección lo que necesito—contestó Pío Cid inclinándose en señal de gratitud,—pues algunos de mis inventos podrían proporcionarme dinero en abundancia sin exigir grandes desembolsos. La dificultad está en que yo creo que los inventos son perjudiciales al hombre, y en que los míos lo serían también, y el aliciente de la ganancia no basta á decidirme á echar sobre mí la gran responsabilidad de hacer un daño positivo á mis semejantes.

—Eso es según y conforme. Hay inventos utilísimos..... Tantas máquinas para ayudar al hombre en sus trabajos....., el ferrocarril, el telégrafo....., centenares podrían citarse.

—A mí, al contrario, me parece que es tanto mejor la vida cuanto más sencilla y natural. Si continuamos por el camino que hoy seguimos, bien pronto será la existencia una carga tan pesada que no habrá quien la soporte. Los nervios, sacudidos por tantas y tan fuertes excitaciones, harán de nosotros autómatas despreciables, cuando no nos lleven á la locura. Hay inventos útiles, los pequeños inventos de la industria humana, que más que

inventos son aplicaciones de las fuerzas naturales que están á la vista y al alcance del hombre; pero las invenciones verdaderas, las que versan sobre fenómenos ocultos y misteriosos, son perjudiciales porque sacan las cosas de quicio. Vea usted, por vía de ejemplo, una de mis invenciones. Usted no ha pensado nunca, ni quizás ningún ser humano pensó jamás, que en nosotros hay luz latente; más claro, que somos focos de luz espléndida y admirable que hasta el día ha permanecido invisible. Pues bien: yo he descubierto esa luz, á la que podríamos llamar «luz humana».

—¡Usted!—exclamó la Duquesa con curiosidad.

—Yo—afirmó Pío Cid con acento convincente.—Y no crea usted que le doy importancia á mi descubrimiento. Sé que las más altas concepciones de la idea pura, á la que yo profeso culto y amor, interesan ahora menos que una innovación insignificante en los velocípedos; figúrese usted que revolución no armaría en el mundo mi invento de la luz humana. El aparato para producirla cuesta menos de dos pesetas y dura una infinidad de años; y la luz es eterna, puesto que dura tanto como la vida del hombre; el que se muere ya no luce más; pero nacen otros que empiezan á lucir, y la luz aumenta conforme crece la humanidad..... Y ahora que tanto se habla de negocios, ¡qué negocio éste si se piensa en la millonada que el mundo gasta en alum-

brarse, y que se ahorraría por completo con la nueva luz, que no cuesta absolutamente nada!

—Pero eso parece un cuento fantástico.

—Es una realidad tan insignificante, que, una vez conocida, nos sorprende haya podido permanecer oculta. ¿Usted tiene corazón?

—¿Qué pregunta!

—Me he explicado mal. Quiero decir que si usted se ha fijado alguna vez en su corazón. ¿No se ha puesto usted la mano sobre él y no le ha sentido latir?

—Naturalmente—dijo la Duquesa, llevándose la mano al corazón por movimiento maquinal.

—Pues bien; donde hay movimiento hay luz en germen. No sé si usted sabrá que los sabios ya no admiten varios agentes ó fuerzas; los reducen todos á un fenómeno único: la vibración del éter. Con el tiempo se llegará á ver claro que no hay tal éter ni tal vibración. Pero sin meternos en honduras, para que usted no se fatigue, le diré en dos palabras que mi invento consiste en un aparato sencillísimo, con el que saco del latido casi imperceptible, y hasta aquí no utilizado, del corazón, un fluido transmisible, á semejanza de una corriente eléctrica, aunque nada tiene que ver lo uno con lo otro.....

—¿Y de ese fluido sale la luz?

—Aún no. Ese fluido del corazón es la mitad de la nueva luz. Para que haya tormenta ha de haber dos electricidades que se atraigan

y choquen, y del choque nacen relámpagos y rayos, que son como miradas é imprecaciones del universo. También la luz humana brota de un choque de dos corrientes, aunque brota más silenciosa y serena.

—¿Y de dónde sale el otro fluido?—preguntó la Duquesa con el mismo interés con que un niño pregunta el desenlace de una historia.

—Sale del cerebro; está oculto en las sienes, como el otro estaba oculto en el corazón. Enlaza usted ambos fluidos por un conductor..... Un cordoncillo tan fino como ese (dijo señalando el de que pendían los impertinentes de la Duquesa), y ya está creada la luz humana.

—¿Usted la ha visto? ¿Ha hecho la experiencia?

—La he hecho una sola vez, y la vi en forma de arco sobre mi cabeza; vi un nimbo de luz roja como la sangre, con franjas amarillentas; y no obstante lo subido del color, aquella luz alumbraba como una estrella que fuera descendiendo y acercándose más y más á la tierra; porque el asombro agitaba todo mi ser, y conforme aumentaba el latir de mi corazón y la punzada de mis sienes, aumentaba la fuerza de la luz, hasta tal punto que creí arder y consumirme en mi propia llama, y asustado rompí el hilo que enlazaba las dos corrientes.....

—Eso parece un invento infernal—dijo la Duquesa, mirando asustada á Pío Cid, quien al hacer la revelación había tomado involun-

tariamente un aire misterioso y diabólico.

—Yo me he jurado á mí mismo no descubrir jamás el secreto de mi invención; pero sin descubrirlo sería capaz de mostrarle á usted, en usted misma, esa luz maravillosa, brillando en su ensortijada cabellera como una diadema de fuego; fuego del cielo ó de los infiernos, ¿qué importa?—agregó Pío Cid, como burlándose del miedo infantil que en el rostro de la Duquesa se retrataba.

—Sólo de pensarlo me da miedo—dijo la Duquesa levantándose.—Es usted un hombre verdaderamente original..... Usted no es lo que parece....., aunque dice que todos debemos parecer lo que somos.

—¿Qué cree usted, pues, que soy yo?—preguntó Pío Cid, levantándose también, como para retirarse.

—Usted vale demasiado para simple preceptor..... Usted debía aspirar á cosas más altas; por más que ya sé que no es usted ambicioso y que no ha mucho renunció usted á un cargo político brillante, por el que tantos otros se afanan..... Lo sé por Miralles, quien me ha hablado de usted como usted se merece.

—Usted tiene quizás, señora, una idea demasiado alta de la política. Yo creo que enseñar vale más que gobernar, y que el verdadero hombre de Estado no es el que da leyes, que no sirven para nada, sino el que se esfuerza por levantar la condición del hombre. Quienquiera que haga de un tonto un discre-

to, de un haragán un trabajador, de un tunante un hombre de bien, ha hecho, él solo, más que diez generaciones de hombres políticos, de esos que se contentan con ver funcionar por fuera el mecanismo de las instituciones.

—Esa idea será todo lo noble que usted quiera; pero vengamos á la realidad, y dígame si los hombres de entendimiento superior no tienen su puesto marcado en la política, y si un preceptor, en el hecho de serlo, no se condena él mismo á ser un cero á la izquierda.

—Eso piensa todo el mundo; pero yo pienso lo contrario, y sigo mi parecer. Supuesto que yo valiese algo, no valdría tanto como Aristóteles, por ejemplo; y Aristóteles fué preceptor, y nada perdió con serlo.....

—Pero, amigo mío—interrumpió la Duquesa, dándose aires de bien enterada,—Aristóteles fué preceptor del hijo de un rey.

—Y yo soy preceptor del hijo de usted—replicó Pío Cid, dando intencionadamente á su galantería el tono de una réplica escolástica.

—Tiene usted salida para todo—asintió la Duquesa, esponjándose al oír el argumento, mientras Pío Cid aprovechaba la ocasión para despedirse, sin añadir una palabra más.

No era asunto fácil despertar interés en el espíritu superficial y voluble de la Duquesa, y no fué escaso mérito en Pío Cid acertar; la revelación del invento de la luz humana (que no era broma, como alguien podría suponer, sino invento real y verídico, como otros que

por amor á la verdad, yá que no á la ciencia positiva, se declararán en el curso de estos trabajos) fué un medio muy eficaz, empleado muy hábilmente por el original preceptor para conseguir su objeto. La Duquesa pensó varias veces en la famosa ocurrencia de convertir á los seres humanos en farolas ambulantes, y aun deseaba saber si también todos los animales tendrían luz latente como el hombre. Este punto no lo había tratado Pío Cid; pero á la Duquesa, con la primera lección le bastaba para comenzar á tener ideas personales. Dos ó tres veces estuvo para entrar de nuevo en el despacho y preguntar al maestro por los adelantos del discípulo, pero lo dejaba para otro día por no familiarizarse, ni menos mostrar curiosidad.

Hubo al fin un motivo natural para que la Duquesa hablase de nuevo con Pío Cid: el de despedirse para emprender la acostumbrada excursión veraniega, que casi siempre se prolongaba hasta fines de año, y recomendarle eficazmente que no dejase de la mano á Jaime, cuya aplicación y apego al maestro eran ya notorios.

Estaba la Duquesa en un gabinete contiguo al despacho, leyendo un libro muy lindo de poco volumen, y al ver entrar á Pío Cid y á Jaime, se asomó un momento para que su presencia fuera notada, y dijo:

—Den tranquilamente la lección. Cuando terminen, tengo que hacerle á usted algunas

indicaciones; no es cosa de importancia.....

Después se retiró con el libro abierto y continuó su lectura, aunque más atención que al libro prestaba á las explicaciones que dió aquel día Pío Cid, las cuales eran las últimas de una curiosa serie sobre el tema tan útil como poco estudiado de la elaboración del pan, comenzando desde que se siembra el trigo, hasta que sale la hogaza cocida del horno.

Había tomado pie el maestro para estas lecciones, de la noticia que le dió la Duquesa de que Jaime había construído un molino de juguete. Los Duques tenían en una de sus posesiones varios molinos, y el niño gustaba de ir á jugar con los hijos de los molineros, y se había aficionado á sus entretenimientos y habilidades. A las primeras palabras notó Pío Cid el interés del discípulo, y decidió explicarle á fondo estas artes útiles, cuyo conocimiento da al hombre una idea más grave, noble y humana de la vida; porque, le decía, hay hombres que viven sin saber los esfuerzos y sudores que cuesta el pedazo de pan de que diariamente se nutren, y estos hombres no pueden comprender la verdadera fraternidad, que consiste en considerarnos ligados á los otros hombres, altos y bajos, pobres y ricos, de tal suerte, que nuestra existencia sea imposible é infecunda sin la de los demás. Hay hombres presuntuosos que creen merecer que la humanidad se hinque ante ellos de rodillas porque han tenido alguna idea nueva

que redunda en provecho común, y no piensan que esa idea no la hubieran tenido si la comunidad no les hubiera libertado de la esclavitud de otros trabajos más penosos y menos brillantes, que consumen las fuerzas de tantos como luchan, piensan y se sacrifican generosamente en silencio.

Después de aprender, una por una, en lecciones anteriores todas las faenas de la molinería y panadería, con ejemplos muy claros y dibujos explicativos, en que Pío Cid le trazaba los diversos aparatos y herramientas de ambas industrias, quiso Jaime enterarse también de la producción del trigo, sobre la que tenía ideas muy equivocadas. El maestro le explicó un compendio de cosas agrícolas en términos tan expresivos, que Jaime oía todo aquello con mayor atención que si fuera un cuento de hadas. Y lo que más le sorprendió fué la noticia de la rotación de los cultivos; porque él creía que las tierras producían siempre lo mismo, y que la que criaba trigo, por ejemplo, no podía llevar maíz ó habichuelas. Pío Cid le hizo notar que á semejanza del hombre que ha de variar la alimentación y alterar los diversos estudios y esparcimientos para no fatigarse y para que su organismo se desarrolle armónicamente, la tierra exige períodos en descanso y variedad en los cultivos, para ir recuperando las fuerzas que gasta, á fin de no agotarse por completo. Porque todo cuanto existe—decía,—desde la última planta hasta

el animal más perfecto, proviene de la tierra; todo es tierra en varias formas, y aunque las diferencias aparentes sean muy grandes, todo viene á ser lo mismo. El labrador que cuida de sus tierras y el cocinero que cuida de tu alimentación, y, yo mismo, que trabajo para enseñarte, somos tres personas distintas y un solo hombre verdadero. Y lo peor es, que se nota con facilidad, que el labriego abandona y pierde sus labores, y que el cocinero guisa mal y echa á perder los estómagos, y nadie se fija en lo que es más frecuente y más grave, en que el maestro estropee la cabeza de los discípulos y la convierta en un erial, que esto, y no otra cosa, es el cerebro de la mayor parte de los hombres.

Con estas sanas consideraciones terminó el coloquio de aquel día, y la Duquesa, que los había estado escuchando, casi se sintió pesada de no haber asistido á los anteriores y de no poder seguir, á causa de su viaje, aquellas utilísimas conferencias.

—Ahora comprendo—dijo á Pío Cid cuando éste entró á saludarla y á recibir sus instrucciones—la razón que usted tenía al decirme que la aplicación del discípulo depende del profesor. En este buen rato que yo he estado oyendo á usted—añadió cerrando el libro que tenía en la mano—he aprendido más que si hubiera leído diez tomos de agricultura. ¿Qué digo de agricultura? Si lo que usted enseña es filosofía de la labor, ó qué sé yo

cómo explicar. No es lisonja, pero si mi viaje no estuviera decidido, ya tenía usted en mí un nuevo discípulo. Dicen que las mujeres somos frívolas, que no pensamos más que en cosas superficiales..... Yo seré una excepción, pero le aseguro que me entusiasman los estudios....., esos estudios agradables é instructivos.....

—¿Está usted, pues, de viaje?—interrumpió Pío Cid, sentándose con familiaridad.—Cuánto siento, señora....., que el viaje me prive de sus enseñanzas. Porque tiene usted un talento tan claro, que de emprender esos estudios sería yo el que aprendiera; por lo menos aprendería yo más, mucho más que usted.

—¡Qué error! Yo soy un pozo de ignorancia.

—Ignorancia en agricultura; pero esto, ¿qué interés tiene para una mujer ni para un hombre? Es bueno para los niños, para moldearles el cerebro y para infundirles el sentimiento de la naturaleza, de la realidad. A una mujer es otra ciencia la que le conviene, y en esta ciencia las mujeres son doctoras de nacimiento.

—¿Qué ciencia es esa?—preguntó la Duquesa saboreando anticipadamente algún atrevido concepto de Pío Cid.—Supongo que no tendrá nada que ver con la creación de la luz humana.

—¿Aún se acuerda usted de mi invento?

—Me acuerdo, y después de pensar en él, me interesa mucho más. Al principio me pa-

reció un disparate, y después lo imagino como algo naturalísimo. Usted tiene el don de hacer comprender y de obligar á creer. Si hubiera leído escritas sus explicaciones, dudaría de usted, y oyéndole veo esa luz como si la tuviera delante de los ojos.

—Como verdad, lo es, yo se lo aseguro; pero como importancia, yo no creo que tenga ninguna. Le puse ese ejemplo como pude ponerle otro, porque me entristecía ver que una inteligencia privilegiada como la de usted, estuviera sugestionada por el atractivo de ciertas novedades. Estas invenciones dan dinero y poder, dominio material; pero esto, ¿qué vale? ¿Qué importa que salga luz del corazón y del cerebro, si para ver lo que vemos sería preferible vivir á obscuras? Si yo supiera crear fuego en todos los corazones é ideas nobles y generosas en todos los cerebros, ¡ésta sí que sería una invención maravillosa! Los inventos materiales desprécíelos usted; todo eso, después de aturdirnos y molestarnos, pasa y muere sin dejar más que silencio y polvo.

—Y esa invención maravillosa, ¿tiene algo que ver con la ciencia de que usted hablaba antes y que yo no conozco, aunque usted crea que las mujeres la poseemos infusa?

—No puede usted conocerla porque no está en los libros; la posee usted porque está en la naturaleza. La ciencia que está escrita en el papel, envejece con el papel; pero esa otra

ciencia, que más debe llamarse sabiduría, es eterna; es quizás lo único eterno.

—¿Pero cómo se llama esa ciencia?—le preguntó la Duquesa, mirando la cubierta del libro elegante que aún tenía cerrado en la mano.

—No tiene nombre ni debe de tenerlo. Es un saber raro.....

—¿De qué trata al menos?—insistió la Duquesa sin apartar los ojos del libro.

—Es difícil de explicar. ¿Qué pensaría usted si le dijera que trata del aprisionamiento del espíritu?

—Tiene usted la especialidad de los pensamientos extravagantes.....—dijo la Duquesa, y variando repentinamente de idea, añadió:—Hay muchos que se llaman poetas y piensan en prosa, y usted es un hombre que se dedica á oficios prosaicos, y quizás sea un poeta de verdad. ¿No se le ha ocurrido á usted nunca componer novelas ó escribir versos? Ya que tiene en tan poca estima los inventos materiales, podía inventar poesías, leyendas bonitas.

—Algo de eso he compuesto, pero lo rompo después. Casi me gusta más destruirlo que inventarlo.

—¿No queda usted satisfecho de su obra?

—Sólo los tontos quedan satisfechos de sus obras y se encariñan con ellas.

—¿Y usted, como no es tonto, no se encariña?

—Yo pienso que todo muere. ¿No sabe usted que la Divinidad tiene dos principales atri-

butos: el de crear y el de destruir? Un hombre que creara una gran obra y luego la destruyese antes que ella sola pereciera, sería un hijo predilecto de Dios. Esto no será del agrado de usted, porque la mujer es refractaria á la destrucción (y á la creación también).

—Entonces, ¿para qué servimos?—preguntó la Duquesa sonriendo.

—Ustedes son las encargadas de la conservación.

—¡Bello modo de decirnos viejas! Yo le aseguro que no soy conservadora. ¡Quite usted allá! Soy de ideas avanzadas, y no me asusta la república, ni aunque sea la federal..... Vea usted. ¿Dónde cree usted que voy yo á pasar la mayor parte del verano.....? Pues voy á Suiza, á los Lagos. Conozco aquéllo muy bien, y le digo que me alegraría de que nuestro país fuera una república como aquélla....., aunque tuviera usted que llamarme ciudadana Soledad.

—En tal caso yo la llamaría á secas Soledad.... Pero no llegaremos nunca á tan dichoso régimen.

—¿Porqué no?—dijo la Duquesa con aire malicioso.

—Porque en Suiza la mayor parte de los ciudadanos se dedica á fabricar relojes, y así han adquirido hábitos de regularidad y de orden, que nosotros no tenemos, y sin los cuales no hay república posible.